



Vínculos que importan. Apuntes sobre identidad política en la era de las redes

*Links that matter.
Notes on identities in the network's age*

Remedios Zafra
(Universidad de Sevilla)
rzafra@us.es

Recibido: 27-03-2012
Aprobado: 16-04-2012

RESUMEN

Son más de uno, esos momentos a lo largo del día y de la noche, en los que un malestar que imita ser un leve dolor de estómago, sin serlo, me recuerda que no he devuelto la llamada prometida, que debo enviar el artículo, que no he terminado ese favor comprometido que resiste sin descolgarse en tareas pendientes, que las cosas no van bien, que el mundo..., que algo tenemos que hacer. Y sin menospreciar la ansiedad que todo ello me genera, no deja de cautivar me su afán por agarrarse a alguna zona de mi estómago y punzar para recordar. Pese a tener muchos mensajes sin respuesta y cosas pendientes que de alguna manera me implican, sólo algunos me generan la sensación de deuda abierta, sólo algunos tratan realmente de cosas y vínculos que me importan.

PALABRAS CLAVE

Identidad, identidad política, redes, vínculos, riesgo.

ABSTRACT

There are moments along the day and night when a discomfort, something that feels like a mild stomach pain, reminds me that I have not answered that call, that I have to send the article, that I have not finished this promised favor which resists to be taken down from the list of pending issues, that things do not go well, that something must be done.... Although there are many unanswered messages and pending issues, only a few of them makes me feel indebted to, only a few are about things and links that really matter.

KEYWORDS

Identity, politic identity, networks, links, risk.

SUMARIO

Vínculos que importan (y ¿obligación? de mantenerlos)

Del yo real a un nosotros ligero

Riesgo y elogio del tiempo (alterpolítico)

Vínculos que importan (y ¿obligación? de mantenerlos)

Adoro recibir cartas. Cada mañana recibo: 9 mensajes de spam y ofertas comerciales, 4 emails relativos a mi trabajo temporal, 1 saludo de un viejo amigo; 3 de personas que no conozco y me piden amistad, 2 de personas que me convocan a reuniones, revoluciones y eventos, 4 de personas que diariamente me informan de sus cosas y gustos, 3 notificaciones pendientes. Maldito dedo. Cuanto más clickeo, más mensajes circulan y más obligaciones tengo. Adoro recibir cartas.

(Laura Bey, 2010)

Lo que obliga en el regalo recibido, intercambiado, es el hecho de que la cosa recibida no es algo inerte.

(Marcel Mauss, 1924)

Son más de uno, esos momentos a lo largo del día y de la noche, en los que un malestar que imita ser un leve dolor de estómago, sin serlo, me recuerda que no he devuelto la llamada prometida, que debo enviar el artículo, que no he terminado ese favor comprometido que resiste sin descolgarse en tareas pendientes, que las cosas no van bien, que el mundo..., que algo tenemos que hacer. Y sin menospreciar la ansiedad que todo ello me genera, no deja de cautivarme su afán por agarrarse a alguna zona de mi estómago y punzar para recordar. Pese a tener muchos mensajes sin respuesta y cosas pendientes que de alguna manera me implican, sólo algunos me generan la sensación de deuda abierta, sólo algunos tratan realmente de cosas y vínculos que me importan.

Como saltándome al paso, este pensamiento me acompaña queriendo escribir sobre la posibilidad de acción política en una sociedad conectada, es decir, sobre las condiciones de acción y vínculo político, hoy, en Internet. Y quiero hacerlo preguntándonos en este inicio por los vínculos sin la exigencia del medio o, cuando menos, desde su no presencia explícita; pensando en las alianzas que nos mueven en nuestras vidas cotidianas instrumentalizando o habitando el mundo y en él también la red. La pregunta sería por tanto hacia aquellos vínculos humanos que

logran movilizarnos, hacernos creer que algo en esas personas, se te hace propio y *te importa...* y pienso que esto aquí es una cuestión clave, pues, ¿no es acaso en el tipo de vínculo y no en la mera posibilidad de estar conectado donde radica la verdadera potencia política de una red?

Esta cuestión quiere ser aquí punto de partida y verán que hablándonos de relaciones y deudas trata realmente de política e identidad, del *poder ser* a través de los vínculos que marcan el *dar* y el *devolver* en nuestras relaciones con los otros. Y ese juego de intercambios de corte *Maussiano* que habla del *yo* y del *nosotros* a través de nuestros vínculos, ¿tendría hoy alguna singularidad política en el contexto Internet? ¿Condicionaría ésta (la red) en sus distintas máscaras determinados tipos de alianza con los otros? Y, de existir estos posibles condicionantes, ¿sería viable y en qué medida una apropiación política?

A priori observamos cómo en Internet el incontenible número de voces que se pronuncian, la pluralidad de intercambios digitales, de contenidos disponibles y mensajes recibidos imposibilitan una respuesta personalizada a todos aquellos que nos interpelan o con los que interactuamos. Las razones oscilan: muchos de nuestros remitentes son desconocidos, a veces instrumentalizados por las redes, en ocasiones, ni siquiera personas sino robots que generan apariencia de discurso y de sujeto; y, en todo caso, su exceso limita la posibilidad de intervención personalizada.

Sin embargo, Internet y sus industrias nos muestran una imagen de alta sociabilidad, de posibilidad de conexión casi infinita e inmediata con los otros. Del paso casi instantáneo del *yo* a posibles *nosotros* multitudinarios, a golpe de mecha, post, tweet, invitación o envío masivo. Pero no pasa por alto cómo esta disponibilidad mengua su potencia al eclipsar con cantidad y contexto la falta de profundidad de una forma de vinculación ligera por excesiva; una vinculación rápida que no precisa más compromiso que la sintonía y el golpe de mano (*send*) desde *un cuarto propio conectado* o similar, donde podemos ver y hacer sin que necesariamente medie una contrapartida o sin que ésta nos obligue demasiado.

Esta posibilidad de vinculación rápida parece diluir capacidad de atención en distracción por plétora de estímulo. Una vinculación que cada vez más surge premeditada desde las dinámicas empresariales y capitalistas de gestión afectiva online. No cabe olvidar que gran parte de los servicios que caracterizan estas prácticas se apoyan en la gestión y comercialización del tiempo (tiempo para hablar, para conectarte...) y están orientados a garantizar la permanencia de

quienes los usan, amplificando el número de sus vínculos, el número de minutos dedicados a sus vínculos y, por tanto, el número de minutos de uso del espacio que los acoge.

Al yo se le engancha y se le seduce haciéndole partícipe de los espacios que genera con su propia experiencia vital, comprometiéndole en un espacio que le identifica simbólicamente, que considera propio y, ¿cómo no volver a la casa digital, al lugar donde todos saben tu nombre?: *Bienvenidx a tu red social. Aquí reivindicamos –suavemente– más de ti enlazándote con otras personas que seguro conoces, o que conocen los que te conocen; personas que sabrán cómo te llamas, qué haces y qué te gusta, personas que sabrán cómo te llamas* (Bey, 2010). No es poca cosa la interacción constante que propician estas redes a cambio de vínculos amables con otras personas, convirtiendo una tendencia en una necesidad comunitaria de época: ser en el mundo construyendo y habitando sus redes sociales. Tener miles de contactos y amigos (porque no puede haber mejor marca comercial que la amistad) y paralelamente “ser tenido por la red”.

Del yo real a un nosotros ligero

Como singularidad añadida al nuevo escenario de vínculos sociales en la red, advertimos una reciente revalorización de la “realidad” en la (re)presentación del yo online. Aplazadas, o acaso latentes, las posibles lecturas deconstructivas de la multiplicidad y las identidades líquidas y fluidas (post-género y post-cuerpo, entre otras), las industrias han sustentado al “yo” virtual en la realidad, en la necesaria acreditación documental de su mundo como prueba de su existencia y veracidad. De forma que el yo online se apoya, hoy más que nunca, en sus fotografías y archivos biográficos en red, que reclaman que existas para que quienes te conozcan te vinculen. Al yo se le anima a compartir su archivo vital como guiño al otro, rememorando aquella anécdota *Barthesiana* de que sólo basta enseñar nuestras fotos a un extraño para generar ese vínculo suave con el otro: “Aquí mi hija, aquí mi sobrino, aquí yo. Mira ésta, cuando estuvimos en la playa...” y recibir como respuesta un gesto similar del extraño.

De otro lado, estaría la cuestión del contexto. No olvidemos que los cambios en el estatuto del sujeto conectado siguen aconteciendo en un ámbito de mercado, capitalista y propio de la globalización de entre-siglos. Un marco también estetizador y homogeneizador, que pasa justamente (y paradójicamente) por generar aspiraciones de *diferenciación* (en lo epidérmico) a partir de las “nuevas necesidades” que nos generan las “viejas necesidades” tecnológicas ya asentadas.

Pero lo que resulta más significativo de este escenario sería, a mi modo de ver, el tipo de vínculo ligero que este marco favorece. Pareciera que estos vínculos tienen en Internet un contexto idóneo para su acción, en tanto se valen de la espacialización de los individuos (solos) detrás de sus respectivas pantallas -espacios diseñados para individuos, conformados por la propia biopolítica del ordenador personal-, favoreciendo un agrupamiento efímero y sin compromisos: miles, millones de personas congregadas online, pero miles, millones de personas habitualmente solas detrás de sus pantallas. No es lo único que lo favorece, también el individualismo característico de una sociedad capitalista ferozmente competitiva promovería esta congregación dispersa de los *yoes*.

Pudiera ser entonces que la competencia que caracteriza la necesidad de un posicionamiento del *yo* real entre la maraña de *yoes* digitales que quieren ser visibilizados online (como manera de existir en el mundo), y las nuevas formas de comparecencia colectiva digital, explicaran, al menos parcialmente, esa pulsión a la que nos enfrentamos cotidianamente como sujetos conectados; haciendo y deshaciendo efímeros “nosotros”; cohesionados con vínculos suaves, a veces irónicos, a menudo temáticos, en ocasiones banales, pero que en todo caso refuerzan identidades alejadas de dogmatismos, capaces de definirse de varias maneras simultáneamente para al poco cambiar. Un contexto promotor de comunidades volátiles hilvanadas con afectividad, ingenio o *network*.

Pero algo resulta llamativo. El escenario web 2.0 se jacta de ser el lugar de la interacción y la colaboración colectiva y cabe suponer que toda acción que se suponga grupal comparte una estructura integradora que cohesiona al sistema. Ésta no ha sido, sin embargo, la peculiaridad de estas formas de unión reciente en las redes, cuando menos, no en un sentido de *lo común* acreditado por vínculos fuertes como los propios de un compromiso ideológico, político o moral. Hasta hace poco hablaríamos más bien de la predominancia de vínculos sustentados en el afecto, la amistad, la edad o en proyectos compartidos temporalmente. Sin embargo, tras los recientes cambios sociales y económicos derivados de la crisis mundial cabría preguntarse si la nueva solidaridad emanada de la precariedad y la injusticia social (también en Occidente), no está gestando otro tipo de vínculo más fuerte, es decir, si la realidad no pudiera vengarse ahora de la *estetización* primera favorecida por las redes, transformándola en potencia política o algo que se le parece. La impresión es que seguirían siendo espacios no definidos por un sentido de “pertenencia” a una colectividad, sino por la “comparecencia” en un espacio compartido; de manera

que tal vez debiéramos hablar en lugar de movimientos sociales, de una suerte de movimiento de “lo social” tan plural como fluido, y que podría ayudarnos a valorar la novedad de las recientes movilizaciones con las redes sociales como escenario preferente.

La instantánea nos devuelve hoy un mundo en crisis, impactado, donde las generaciones más jóvenes de conectados han crecido en un mundo post-ideologizado, post-politizado, donde confluyen diversidad de procedencias, género, edades y culturas, con fácil acceso a la información e inclusión en una sociedad en red. Multitudes constituidas por estos vínculos ligeros y a las que la crisis ha hecho bifurcar más que nunca el sentido de lo político. De un lado, el rechazo a la clase política y de otro la articulación de nuevos vínculos que hablan más de afinidades que de identidades, de espíritus de disconformidad más que de espíritus revolucionarios en un sentido clásico.

Las contradicciones perviven, pues los vínculos que les unen grupalmente son también vínculos políticos en el sentido de solidaridad colectiva e implicación en lo público, pero presumen sin embargo de estar desactivados política e ideológicamente. Tal vez ese gesto pretende hacer frente (por rechazo) a aquellos clásicos vínculos de viejas colectividades cosidos por lazos morales, políticos o ideológicos fuertes, y que sentimos que ya no nos identifican, que de ellos queremos también diferir. Que de querer ser, queremos ser algo todavía indefinido, gestándose, en proceso, *otra cosa*, donde lo político estaría de otra manera. No habría por tanto que sentenciar, anulando, la potencia de esta transformación por adelantado, comparándola con el pasado para limitarla bajo un concepto predefinido de “lo político, sino que tendríamos más bien que mirarla con lentes que también están cambiando, que saben que están cambiando. Por ello, antes de dar por agotada su potencia y sucumbir a los condicionantes y señas de época, cabría tolerar este tiempo como un periodo de mutación del vínculo político en algo distinto intervenido indudablemente por la construcción colectiva online.

Riesgo y elogio del tiempo (alterpolítico)¹

De manera homeostática, pareciera que el vínculo político se vengara del exceso reivindicando tiempo para convertirse en *otra cosa*, para tolerar sus ambigüedades de época, como esos cuerpos en pubertad que tienen rostros infantiles y voces adultas; tiempo para pensar(se) y dar(se) forma. Pero, aun conscientes de que el tiempo aquí es lo reivindicado, no olvidemos que es también lo que constantemente es puesto en juego en las redes, queriendo ser neutralizado por un presente continuo.

En los últimos años en la Red pareciera que todas las formas verbales lo buscaran: un directo, un estar “pasando”, online, instante. Como si el presente fuera criterio preferente para “ver” en el exceso de datos, como si sólo aspirando a esa instantaneidad se pudiera tener vigencia en un mundo sobrecargado de información y acelerado por la tecnología y su “ahora”. Ciertamente, estas dinámicas que caracterizan la época, conviven con su potencia de archivo y como tal de memoria y “pasado”. Pero es el presente el que singulariza su tiempo, hablándonos del instante mismo de la pronunciación, de poder acceder al otro en primera persona (garantizando un “yo” que habla), de facilitar el acceso a una información inmediata -antes restringida por el espacio y las distancias físicas-, de hacerla pública en el mismo momento de su producción. De forma, que la sincronía extrema refuerza la primacía de lo último, lo que acaba de producirse, lo que está siendo pronunciado y deriva en la visibilización desbordante de *ahora*.

Como tendencia y como riesgo para un tiempo *alterpolítico*, un palpito que ya advertíamos hace unas décadas: la subyugación del tiempo para pensar. Y como efecto, la concentración puesta constantemente en suspenso por una recepción dispersa que favorece al marco capitalista. De hecho, la idea de “recepción en estado de distracción” forma parte de una historia reciente (aún en vigor) sobre la que Benjamin, entre otros, basaba el análisis de la subjetividad moderna.

¹ El apartado 3 de este artículo es una versión revisada de parte del capítulo “elogio del párpado” de mi libro *Un cuarto propio conectado*.

(R)esulta significativo que a finales del siglo veinte, la actual crisis social de desintegración subjetiva esté siendo diagnosticada metafóricamente como una deficiencia de la capacidad de “atención”. (Jonathan Crary, 2008)

Sucumbir a este estado parece sólo compatible con la idealización del presente inmediato como primera alternativa, como resguardo de “alguna vida” ante un futuro nunca asegurado. Acaso el presente dejado reposar sea ya pasado inútil y baldío; acaso en la apropiación de lo espontáneo creyéramos llevarnos un instante mismo y auténtico de vida, como si no fuera lo dicho sino lo que “se está diciendo” lo que más importa. Acaso nadie garantizara un “después de”.

La saturación quiere (y puede) aniquilar el espacio vacío requerido para la dotación de sentido, pero también su posibilidad de “pérdida”, de “tiempo vacío”, de “conciencia” o incluso de juego. Pareciera entonces derivarnos, como una inercia, hacia la mayor resistencia al vínculo político, la parálisis: *¿acaso puedo hacer algo por cambiar las cosas?*

Ya en los sesenta se advertía que la velocidad eléctrica instaría la inhabilitación del tiempo de pensamiento, aquel requerido para tomar conciencia del efecto de algo antes de que acontezca lo siguiente. Y aunque Bourdieu y especialmente Derrida consideraban a los media como responsables de la aceleración de los más fulgurantes cambios sociales, promoviendo una nueva *temporalidad de la técnica* indisociable de la velocidad de los procesos políticos y económicos contemporáneos, coincidían también en una de sus contrapartidas: esta velocidad propicia la pérdida de la distancia necesaria para una actitud crítica (aquella, por otro lado, necesaria frente a la sumisión a nuestras herencias y a las nuevas dependencias).

La clave de este encadenamiento parece encontrarse en que esta celeridad es parcial, en tanto no viene dada solamente por la mera saturación (mucho en poco tiempo), sino por el efecto simbólico de la misma, es decir, para ser viable necesita apoyarse en ideas preconcebidas, las únicas que no necesitan tiempo para configurarse (porque ya estaban en nosotros). De ahí que el exceso informativo no sea per se una oportunidad para la diversidad y el vínculo político, sino que, por sí solo puede contribuir a asentar valores ya establecidos, favoreciendo intercambios a menudo epidérmicos, únicos compatibles con el acelerador pancapitalista.

Como respuesta pareciera que hoy más que nunca necesitaríamos tiempo para aplazar el exceso, una suerte de párpados para poder “cerrar los ojos” y dejar de ver todo el tiempo. Y créanme que nunca esta proclama ha sido más revolucionaria que hoy, puesto que cerrar los ojos

no significaría en este contexto resignarse (mirar hacia otro lado), o dejar de ver. Muy al contrario significaría tomar partido por la dotación de sentido y la imaginación de la (nueva) posibilidad política en la red. Aprender a cerrar los ojos supondría una interpelación del tiempo y el pensamiento interior no sólo más allá de la memoria, sino también más allá de la presión del “instante”. De forma que al obturar la mirada logremos convertir un paisaje recargado, que ya hace tiempo dejamos de ver, en un paisaje donde estar conectados no nos fagocite como masa conforme rendida a lo último y cansada al instante. Sino que nos permita descubrir la oportunidad para experimentar con esos vínculos que importan, con nuevas formas de solidaridad y posicionamiento de justicia e igualdad. Ya Derrida advirtió un carácter revolucionario de la red al plantear frente al poder del capital una rebelión de las pantallas de ordenador a través de Internet. Si a la pantalla en red unimos el distanciamiento crítico y la alianza con los otros, la capacidad política es transgresora.

Así, cuando las colectividades parecen más desactivadas políticamente que nunca, el tiempo es condición para una posición política, aquella que nos permita llegar a la autonomía, antes que al “autismo”; al distanciamiento necesario para un *yo* y *nosotros* como proyecto, mediante asociaciones -más o menos duraderas- que operen como formas de emancipación, como fructífera contaminación de diferencia, como tal *electiva* (más que inclusiva). Claro que ese distanciamiento no acontece sin más. No es cosa fácil. Nos exige apropiarnos de nuestro tiempo más allá del espejismo de su plena disposición. Esa gestión (propia y colectiva) de los tiempos no debe obviar que el tiempo “tiene párpado”. Fíjense. Y que incluso es capaz de hacernos mirar para adentro, no sólo para pensar, también para imaginar lo posible de esos nuevos vínculos ¿políticos? online; una potencia revolucionaria aún no definida, cuyo riesgo de diluirse opera, sí, pero también la posibilidad de convertirse en “otra cosa”, en otro agente de cambio de quienes sienten que tienen poco que perder; convirtiendo los vínculos mantenidos después de los instantes de entusiasmo colectivo hacia una transformación social, renovadamente política y necesariamente ética.

Bibliografía

- BEY, L., *Mi vida en la primera IP*, obra artística inédita, 2010.
- BARTHES, R., *La cámara lúcida*. Paidós, Madrid, 2010.
- BOURDIEU, P., *Sobre la televisión*. Anagrama, Barcelona, 1997.
- CRARY, J., *Suspensiones de la percepción. Atención, espectáculo y cultura moderna*. Akal, Barcelona, 2008.
- DERRIDA, J. y STIEGLER, B., *Ecografías de la televisión*. Eudeba, Buenos Aires, 1998.
- DERRIDA, J., *Cómo no hablar y otros textos*, Proyecto A, Barcelona, 1997.
- MAUSS, M., *Ensayo sobre el don: forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Katz Barpal, Madrid, 2009. Versión original: *Essai sur le don. Forme et raison de l'échange dans les sociétés archaïques*. L'Annee Sociologique, 2ª serie, vol 1. 1924.

